

Esas primeras informaciones, transmitidas a los grupos de barrio, recibieron allí una nueva clasificación, siempre sobre la base de la urgencia y la necesidad, y los que estaban en peores condiciones fueron los primeros en elegir vivienda. Gracias a ese sistema, los que en la sociedad burguesa habían vivido peor resultaron los mejor albergados.

CAPITULO XVII

Organización de la producción

La toma de posesión no se limitó a los servicios cuya refundición acabamos de bosquejar, sino que se verificó con igual ardor en todos los ramos de la actividad social.

Los sindicatos, que en la sociedad capitalista habían sido agrupaciones de combate, se transformaron en grupos de producción y, cada uno en su esfera, se dedicaron a la reorganización del trabajo. A muchos no les cogieron de improviso los acontecimientos; las discusiones y disertaciones anteriores en los ateneos sindicalistas, en los congresos, en los periódicos obreros, lo mismo que la vulgarización de las ideas socialistas y anarquistas, habían dado previamente a sus militantes un claro concepto de los trabajos necesarios en aquel caso previsto y esperado.

Así, pues, los sindicatos de cada oficio, de cada industria y de cada profesión, tomaron

posesión de las fábricas, talleres, oficinas o laboratorios de su incumbencia, no sin las dificultades consiguientes. Hubo patronos que, sin atender a razones y negándose a toda discusión, trataron de resistir, como perro que lucha por la posesión de un hueso. Algunos de ellos, con mentalidad feudal y con soberbia de privilegiados, se encerraron en sus casas dispuestos a defenderse a tiros, renovando las hazañas de la familia Crettiez, en Cluses, esperando a los confederados en su improvisada fortaleza.

¡Resistencia inútil! Los tiempos habían cambiado. Cuando los Crettiez fusilaban los obreros desde las ventanas de su fábrica, contaban con la impunidad para su crimen; los obreros estaban desarmados y los soldados que montaban la guardia y dejaban a los asesinos burgueses tirar sin dificultad, impedían a los obreros derribar las puertas para luchar personalmente con sus enemigos.

A la sazón, los imitadores de Crettiez se hallaron solos frente a obreros armados y decididos. La situación había cambiado por completo: los débiles de ayer eran hoy fuertes; la lucha era desigual; los patronos quedaron vencidos y en ridículo.

Esos incidentes dificultaron un poco al

principio la reorganización del trabajo. Se formaron listas de las fábricas, se calculó su producción y se contó el número de los obreros que en ellas trabajaban. Con esos datos los sindicatos formaron la estadística de los productos manufacturados en un tiempo dado, indicando también las cantidades de diversas primeras materias proporcionalmente necesarias. Todos esos datos e informes pasaron a su federación corporativa y a su Bolsa del Trabajo, que habían de quedar constituidos en centros donde se condensarían las estadísticas para la producción y el consumo. Allí afluirían las ofertas y las demandas; de allí irradiarían las indicaciones para dirigir a tales o cuales poblaciones primeras materias y productos manufacturados.

Un efecto inmediato de la reorganización, fué modificar el absurdo sistema de producción incoherente y desordenada tan practicado en régimen capitalista. Antes el industrial solía producir a ciegas, sin conocimiento exacto de la aceptación de las mercancías producidas por los obreros que trabajaban para él; en lo sucesivo se produciría con la certidumbre de satisfacer una necesidad.

Otra modificación, profunda, importante e interesantísima fué producir con una lealtad hasta entonces desconocida: se producía para

el uso y no para la venta, para la utilidad y no para el lucro.

Como consecuencia, desapareció la falsificación, el abominable sabotaje burgués, tan practicado en todos los grados de la escala industrial, y que, a costa de sisas, estafas y hasta envenenamientos, había enriquecido a tantos industriales, proveedores, abastecedores, comerciantes y patronos: las mercancías malas, falsificadas, adulteradas o trasnochadas fueron absolutamente eliminadas.

Esa vil producción destinada a fundar la felicidad de unos sobre la desgracia de otros; ese tráfico infame y criminal que elevaba al goce de honores y riquezas sobre la miseria y la muerte de los productores asalariados no tenía ya razón de ser. Por el contrario, el interés de los productores se había identificado con el de los consumidores, porque ya no eran dos clases distintas, porque se habían confundido por el principio de la igualdad en una clase única, porque todos eran productores y consumidores a la vez y nadie se beneficiaba con engañar y robar a su semejante.

Esa tendencia a la franqueza y a la buena fe en las relaciones económicas, ese desprecio a la mentira, ese desdén al lucro, se manifestaron desde los primeros momentos, y se acentuaban cada vez más, por ser originados por

la estructura social y no efecto de una cultura individual.

En los métodos de reorganización del trabajo no predominó ninguna fórmula rígidamente sectaria; la más amplia libertad inspiró la consideración a los temperamentos y a las afinidades. Hubo variantes en consideración a las grandes y pequeñas fábricas, a los talleres y a los restos de los antiguos oficios, es decir, según se trataba de los obreros de la moderna industria o de los trabajadores que aun conservaban el carácter de artesanos.

Realizada la toma de posesión, no se hizo oposición a las preferencias de los compañeros que manifestaron el deseo de trabajar como artesanos, aisladamente. Del mismo modo, la formación de grupos de trabajadores en las grandes o pequeñas instalaciones productoras, fué resultado de una especie de reclutamiento formado por afinidad, por simpatía y por amistad, sin la menor intervención exterior. La distribución de las funciones diversas fué también resultado de la concordia entre los grupos productores interesados directamente. Como las tareas de coordinación, de organización directiva y de especialización no daban derecho a beneficios superiores, no representaban un ascenso, no dieron lugar

a luchas, no hubo empeño ambicioso para lograrlas, y la elección se hizo tranquilamente. Ya en la sociedad burguesa, la clase obrera se había familiarizado con esta selección de los competentes por la práctica del trabajo en comandita y por el funcionamiento de las cooperativas de producción a base comunista, que se habían desarrollado mucho.

Las resistencias patronales, referentes a la gran industria, se aniquilaron de golpe. Por el contrario, con los patronos de menor representación se usó de la persuasión; se les demostró que la socialización les dispensaría de desvelos y cuidados, de la caza de pedidos, de los plazos de los vencimientos, del temor de la quiebra. Los que se obstinaron en vegetar a la manera antigua, quedaron al margen; se les dejó vivir a su gusto con todas las desventajas de la antigua sociedad. Como abundaban los instrumentos de trabajo, se les dejó los suyos, que no pudieron utilizar por falta de obreros dispuestos a trabajar a jornal.

Separándose de esos testarudos, muchos patronos, empresarios de obras, ingenieros, etcétera, trataron de adaptarse al nuevo ambiente. Sacrificando lo que tenía de facticia su existencia anterior, se sometieron a la vida moderna, empleando un recurso imaginativo que les dió buen resultado. Se dijeron: «Supon-

gamos que he quebrado, que me he arruinado. Habría de trabajar para vivir... Pues eso es lo que me sucede; pero con la diferencia de que estoy arruinado en compañía...»

Considerando que el ser humano tiene gran plasticidad, y se adapta pronto a las condiciones, a los medios y a los climas más diversos, los exprivilegiados optimistas se amoldaron a la vida nueva, y como recompensa vivieron horas dulces, descubriendo satisfacciones y alegrías antes ignoradas por hallarse sumidas en aquella vida artificial, excesivamente fastuosa del antiguo régimen.

Los sindicatos, en su círculo de acción, al mismo tiempo que efectuaban la expropiación, coordinaban el trabajo y adoptaban las medidas necesarias para suavizar el trabajo por la mejora de los locales y el perfeccionamiento de máquinas y herramientas.

Las federaciones cooperativas, que enlazaban entre sí los sindicatos de una misma industria, esparcidas por todo el territorio, celebraron congresos en los que se dilucidaron las condiciones generales de la producción.

Suscitóse un temor: que la producción, sin trabajo extraordinario, resultara insuficiente para atender a las necesidades esenciales; pero las estadísticas y los informes recogidos tran-

quilizaron pronto a los pesimistas, convenciéndo-les de que con una utilización racional de los instrumentos de trabajo que se poseían, y gracias a la supresión de las épocas de paralización, tan dura y cruel en tiempos pasados en muchos oficios, la producción industrial alcanzaría el nivel necesario. En las corporaciones y en los trabajos en que pudiera subsistir la duda, se recurrió a la buena voluntad de todos aquellos que en la sociedad burguesa se habían ocupado en trabajos inútiles o perjudiciales y que ahora habían de dedicarse a la producción normal. En primer término se hallaban los cien mil soldados del disuelto ejército; después los obreros de las industrias militares, de la construcción de armas, de los polvorines, de los arsenales; a continuación los aduaneros, los empleados de todo género, los jueces, abogados, escribanos, notarios; luego toda la serie de intermediarios, negociantes, agiotistas, mercaderes, revendedores y, por último, toda clase de domesticidad... Eran tantos, que su concurso podría aumentar en un tercio la producción.

Esa enumeración de la mano de obra disponible tranquilizaba a los timoratos, dándoles la seguridad de que se podía contar con una vida de bienestar para todos y afirmando su confianza en el porvenir.

En cada federación se calculó el número de trabajadores suplementarios que serían necesarios para las diversas ramas, y los desocupados lo mismo que los antiguos parásitos pudieron elegir a su gusto.

Las evaluaciones de las cantidades de primeras materias, lo mismo que las de los productos manufacturados que se calculaba habían de ser necesarios, y las referentes a la distribución del trabajo en los diversos centros productores, se facilitaron, para ciertas industrias, por mediación de los gerentes o comités que antes habían dirigido esas mismas industrias o las habían agrupado secretamente en trusts. Tal fué el caso de las minas de carbón, de los altos hornos, de las grandes fábricas metalúrgicas.

Esos comités que, bajo un aspecto manso y anodino habían constituido respecto de ciertos ramos de la producción una especie de tiránica dictadura industrial, violentamente combativa y cruel para los obreros de la corporación, fueron ocupados desde el primer momento del triunfo por los huelga-generalistas, quienes hallaron allí en abundancia documentos preciosos, estadísticas importantes, y de ellos se sirvieron para la transformación social.

Cada uno de esos congresos reunió los sindicatos de trabajadores que participan en una

de la múltiples funciones de utilidad social: hubo congreso de mineros, de ferroviarios, de maestros, etc., etc.

Los obreros de las diversas industrias de lujo, los que trabajan metales raros, los joyeros y bisutereros celebraron también congresos para examinar qué proporción de utilidad pudiera atribuirse a sus trabajos. Aunque considerando que esas especialidades productoras no podían desdeñarse, porque las obras de arte y de lujo deben extenderse de modo que no constituyan privilegio para nadie y alcancen a todos, reconocieron que por el momento su esfuerzo debería aplicarse a la producción de más urgente necesidad.

Los trabajadores de las industrias inútiles, de los oficios o de los empleos abolidos, los obreros de los establecimientos de guerra, de los polvorines, de los arsenales y otros análogos se reunieron también para examinar en común a qué trabajos convendría preferentemente dedicar su actividad.

En esas grandes asambleas de sus organizaciones particulares las diversas agrupaciones de trabajadores elaboraban las condiciones especiales en que habían de desarrollarse, y se preparaban para participar en la obra de coordinación general que iba a producirse en el Congreso confederal.

CAPITULO XVIII

El Congreso Confederal

Concurrieron delegados de todas las comarcas de Francia, en representación de todos los oficios y de todas las profesiones.

En la gran sala del Congreso veíanse labradores, obreros, maestros, marinos, ferroviarios, médicos, albañiles, mineros, metalúrgicos. La ciencia, el pensamiento, el arte, la agricultura, la industria, el transporte, la sociedad entera extractada se hallaba allí reunida.

En aquella magna asamblea se hallaban los más enérgicos, inteligentes y entusiastas combatientes de la revolución para inaugurar una nueva era, para condensar y concretar las aspiraciones del pueblo, para abrir nueva vía al progreso de la humanidad.

¡Emocionante e incomparable espectáculo!

Los viejos militantes, que habían visto tantos congresos obreros, que habían luchado ruda-mente contra el patronato y el Estado y que en